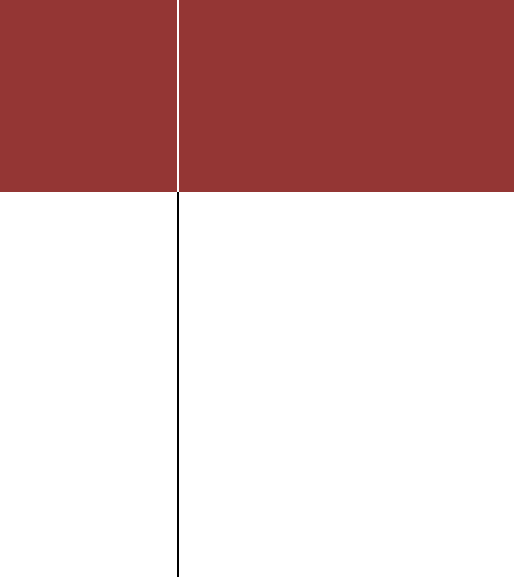


A decorative graphic in the top-left corner consisting of two red squares of equal size, with a thin black vertical line extending downwards from the bottom-left corner of the left square.

LA REVISIÓN DE HOMER SIMPSON

-¡Homer, a cenar!

Ése soy yo. Voy corriendo alegremente a la cocina a por el plato que Ana ha preparado para mí. Está rebosante, y disfruto mientras lo termino. No he dejado nada, y los pocos restos que habían quedado los he rebañado como he podido con el hocico.

-Qué majo eres, gordo. Buen cerdo – dice mientras me da un par de palmaditas en el lomo.

Contesto con un gruñido de placer. Ana es una excelente cocinera. Vale, mi comida no varía mucho, pero sé que se le da bien por los aromas que salen de la cocina cuando ella está dentro. Normalmente me acerco, intento que me deje probar su comida, pero hasta ahora no he conseguido que me dé nada. Mucho sobarme, mucho “buen cerdo”, pero las cosas ricas se las queda ella.

Voy a reposar la comida a mi cama, en un rincón del salón, mientras veo a Nacho poner la mesa para ellos dos. Ana dice que hay que hacerlo así porque la veterinaria ha dicho que no me tengo que acostumbrar a que me den comida de la mesa, y así me lleno antes de que ellos cenén y no pido. Eso es lo que dice ella. Yo creo que he llegado a un acuerdo con Nacho. Ya no voy a la mesa a pedir, así que Ana no se enfada. Pero mientras cenán los miro fijamente. Y funciona, debe haber algún sistema de comunicación cerdo-humano, porque cuando terminan de cenar Nacho me da pedazos de pan que sobran, aprovechando las idas y venidas de Ana a la cocina.

Acaban de terminar de cenar, Ana se está levantando para recoger la mesa. Nacho coge un plato con trozos de pan y viene hacia mí.

-¡NACHO!- los dos pegamos un respingo, Ana nos ha descubierto -¿Cuántas veces tengo que decirte que mires dentro del lavavajillas antes de dejar los platos sucios en el fregadero? ¡Vaya desastre de novio que tengo!

Falsa alarma, pero qué poquito ha faltado. Nacho tiene que perfeccionar la técnica, o un día de estos Ana nos descubrirá y ya no nos quitará ojo de encima.

- Perdona cielo, ahora voy y lo coloco – dice Nacho desde el salón. Luego se vuelve hacia mí y me susurra - Casi nos pillan, enano – me suelta unos trozos de pan a la vez que me acaricia el lomo y me guiña un ojo – Que aproveche, cerdo-perro.

Nacho se va a la cocina con Ana a terminar de recoger. En lo que ellos se lo pasan bien haciendo ruido con los cacharros y metiéndolos en una máquina que hace un ruido horrible, analizo lo

curioso de su comentario. Los humanos tienen la costumbre de comparar el comportamiento de todos los animales con el de los perros. Menos cuando comen o chillan mucho, entonces es “come como un cerdo” y “chilla como un cerdo”. Tócate las pezuñas. Si se pasaran una semana en casa conmigo oyendo a Rex, el chihuahua del chalet de al lado, veríamos a ver quién chilla como qué.

Por cierto, con esto de tener comida de por medio, ni me he presentado. Me llamo Homer, y soy un cerdo minipig de dos meses. Mis humanos, Ana y Nacho, están muy contentos conmigo, dicen que no estoy creciendo demasiado y creo que eso les gusta porque me pueden coger y mimar como a los cachorros de su especie (otros que, como Rex, tampoco chillan).

Nacho viene de la cocina con una sonrisa en la cara. Me conozco esa cara, es la cara de “tengo ganas de jugar”, y me encanta. Deja el móvil en la mesa, me coge en brazos y me pone patas arriba. Empieza a moverme de un lado a otro mientras en el móvil suena música que no entiendo:

“Spider Pig!

Spider Pig!

Does whatever a spider pig does!

Can he swing from a web?

No, he can’t.

He is a pig.

Look out!

He is the Spider Pig!”

-¡Gronk, gronk!- Por mucho que lo intento no consigo hablar humano. Menos mal que está el sistema cerdo-humano, porque parece que Nacho lo ha pillado.

-¿Te gusta, eh? Eres un cerdo con suerte, gordo adorable.

Ana acaba de volver de la cocina:

-¿Qué le haces al pobre Homer?- está regañándole, pero no lo entiendo, yo me lo estaba pasando bien - ¿Qué te hace, chiquitín, se está portando mal contigo?- Nacho me tiene en brazos y Ana me rasca el lomo. Ahora mismo soy el cerdo más feliz del mundo, ya puedo morir en paz.

-Mujer, sólo le cantaba lo que le canta Homer Simpson en la película al cerdo que tienen. Y parece que le ha gustado, le tenías que haber visto la cara de felicidad mientras le meneaba por los aires.

-Pues no lo menees tanto, que mañana tiene que ir a la veterinaria y tiene que demostrar que está sano y guapo.

LA VETERINARIA. Ahora sí que puedo morir. La veterinaria es esa mujer que me quiere dar mimos cuando estoy allí, pero luego le dice a Ana que no me dé tanta fruta de comer, que engordo, y que no me deje subirme al sofá. Sobeteo por aquí, sobeteo por allá, y cuando me quise dar cuenta, la última vez me había quedado sin manzana en la comida “porque lo ha dicho la veterinaria”.

Ana y Nacho se van a dormir y me dan las buenas noches antes de apagarme la luz. Me cuesta dormir porque pienso en lo que le dirá mañana la veterinaria a Ana cuando me lleve a la consulta. Pero al final es inevitable y me quedo dormido como un tronco.

-¡Despierta, Homer!- Ana me llama desde la cocina. Debí de dormirme muy tarde, porque normalmente oigo a Nacho salir a trabajar, y hoy ni me he enterado.

Voy a desayunar meneando la grupa. La ración de hoy huele mejor de lo normal, y ya es decir. Según termino, Ana ya me está esperando con el arnés de paseo y la correa. Hoy toca caminata larga, por lo que se ve.

Fuera hace un día espléndido para dar una vuelta, y es genial pasear así. Vamos en dirección al parque, y por el camino nos cruzamos con un par de perros de la talla de Rex. No sé qué les dan en su casa, pero estos también me ladran, como si les hubiera pegado antes, o algo. Empiezo a pensar que a los perros tan pequeños les quitan algo para que quepa todo en su cuerpecito, y por eso funcionan raro.

Nos seguimos encontrando con más perros, esto parece el día de “Pasea a tu sirena con patas”, porque me llevo unos cuantos ladridos más antes de llegar a una calle que me suena. Creo que esa puerta que veo al fondo me es familiar... ¡Mierda! ¡Se me había olvidado por completo la veterinaria! Ni siquiera me he enterado de cuándo hemos pasado el parque. Ana me la ha jugado a base de bien, la muy mala persona.

Entramos en la clínica y hay más humanos con sus mascotas esperando. Hay varios perros, pero estos no me ladran, tienen cara de estar malitos y me dan mucha pena. También hay un par de

conejos que me miran raro y un gato en un transportín. Los que no tienen cara de estar enfermos, tienen miedo (no les culpo), así que paso desapercibido.

Pasa una media hora hasta que sale una chica y dice mi nombre:

-Homer Simpson.

Ana se levanta y me hace ir con ella. Entramos en una habitación pequeña con una mesa metálica, y me sube ahí.

-Ahora tienes que demostrar que te sabes portar como el campeón que eres, ¿vale, Homer?- No, no vale, yo no quiero estar ahí, pero no me quedan más opciones.

La veterinaria aparece por la puerta y me saluda mientras me pasa la mano por el lomo:

-Hola, Homer, ¿cómo estás, guapetón?- Está en la fase de hacerme la pelota para caerme bien, pero no me va a engañar: yo sé que fue culpa suya lo de la manzana.

Ella y Ana empiezan a hablar de lo bien que estoy, lo sanote que parezco y lo bien que me porto en casa. Mientras tanto, la veterinaria me empieza a mirar y manosear de arriba abajo, me pone una cosa extraña que se engancha a sus orejas, y me mete un palito por el sitio por el que “descomo”.

-Estás más sano que una manzana, chaval.- Ya tuvo que sacar el tema, si es que mira que es cruel. Levanta la cabeza y mira a Ana- Está como una rosa, vamos a seguir como hasta ahora, con revisiones rutinarias y ya está. La dieta que lleva parece que le va muy bien, así que no vamos a tocar nada, ¿de acuerdo? Me alegro mucho de veros tan bien a los dos.

-Muchas gracias, Mabel. Pues ya nos vemos en la siguiente revisión. ¡Hasta luego!

Salimos fuera y Ana paga en caja. Yo estoy que no me lo creo. ¡No van a cambiarme nada! ¡Voy a seguir comiendo lo que hasta ahora! ¡No me ha quitado más cosas ricas!

No sé si la veterinaria hoy ha respirado el gas ese de dormir animalitos y por eso se ha portado tan bien, pero yo me voy a casa con Ana dando saltitos de felicidad por la calle. Al menos hasta la próxima revisión, podré seguir comiendo los cachitos de pan que me da Nacho a escondidas. Al fin y al cabo, son parte de mi dieta, ¿no?